

AL CRUZAR LA PUERTA

Superman y Batman observaban atónitos desde la pared sin comprender qué es lo que estaba sucediendo exactamente. Los enormes pósteres que cubrían casi toda la habitación eran testigos de algo que no podían haberse imaginado nunca. Ese pequeño que habían visto jugar con sus propias versiones de plástico, que después siguió sus aventuras desde la televisión y el ordenador, había crecido casi sin darse cuenta y estaba haciendo las maletas delante de ellos sin dar ninguna explicación. La luz de aquel sol, que ya languidecía esa tarde, entraba por la ventana como todos los días para robarles un poco más de color a los superhéroes hasta tal punto que su descolorida imagen permitía adivinar los años que llevaban acompañando al joven que ahora les abandonaba.

Diego estaba de espaldas a sus silenciosos compañeros, totalmente ajeno a lo que estaban preguntándose. No podía atender en esos momentos a nadie. Su cabeza estaba totalmente ocupada en todas las cosas que debía meter en las maletas. Primero, la ropa de invierno; luego, la de verano; algunas novelas por si tenía mucho tiempo libre; unas cuantas fotos enmarcadas de su familia y mucha música, pero no parecía haber hueco para sus héroes de la infancia. Cuando terminó de hacer las maletas, con extrema delicadeza y concentración, como si tuviera algo en mente que no le permitiera hacer lo siguiente, cerró las cremalleras y se dispuso a salir de su cuarto. Suspiró profundamente, de alivio y a un mismo tiempo de tristeza. No parecía que fuera a resultar tan fácil, como pensó en un principio, dejar ese lugar por tanto tiempo. Dejó las maletas en el suelo, se giró para echar un último vistazo a su habitación e hizo un recorrido completo empezando por aquella ventana que le devolvió a diario un inigualable cuadro marino. Cada mañana contemplaba a los barcos meciéndose plácidamente en el agua mientras los histéricos graznidos de las gaviotas anunciaban la llegada de otro pesquero al puerto cargado con un magnífico tesoro de peces de todos los tamaños y colores; era un auténtico festival de sentidos. De la ventana, pasó a la mesa del ordenador donde tantas horas estuvo casi cada tarde; después, las estanterías en las que dejaba tantos libros y cuentos que ya nunca volvería a leer, algún peluche y muchas figuras de colección. Luego a la cama, pulcramente hecha como si no se hubiera usado en años, con la colcha de su héroe de acción favorito. Finalmente dirigió su melancólica mirada a sus superhéroes y ellos, rotos de dolor, se la devolvieron. Aquellos personajes que le imponían tanto de pequeño y a los que apenas le alcanzaba la vista para admirarlos en su totalidad, le parecían gigantes. Ahora se les veía tan inofensivos, condenados en el papel con su eterna postura en posición de ataque. Les dedicó una última sonrisa de afecto, cogió las maletas de nuevo y salió apresuradamente.

Bajó en silencio por la escalera mientras miraba uno a uno todos los cuadros que su madre había colgado en esa pared como si no se hubiera dado cuenta antes de que estaban allí. Cuando llegó al final, volvió a dejar las maletas en el suelo y entró en la cocina donde vio a su madre de espaldas, concentrada en algo del fregadero. La contempló sin hacer ningún ruido mientras ella seguía ajena a la presencia de su hijo. Cuando Diego volvió en sí, habló y su madre dio un pequeño respingo pero no de susto, sino más bien porque sabía lo que ello significaba.

- Ya he cogido todo lo necesario, creo- dijo Diego arrastrando las palabras. Marga dejó suavemente el vaso que tenía entre las manos, ensayó una pequeña sonrisa y se giró para

- encontrarse con alguien que, de repente, casi no conocía. Tan alto, con ese pelo tan oscuro y abundante, esos enormes y preciosos ojos, pensaba cuánto tiempo había pasado.
- Sé que soy una pesada y que tienes que coger ese autobús pero me gustaría tanto que cenaras con nosotros antes de irte- estas últimas palabras las dijo con lágrimas en los ojos y casi no pudo pronunciarlas. Diego se dirigió rápidamente hacia ella y le dio un cálido abrazo de consuelo.
 - ¡Mamá, por favor!, que no me voy a la guerra, me voy a estudiar.
 - Sí, pero tan lejos, hijo, ¿no podías haber elegido un sitio más cerca?
 - Ya hemos hablado esto muchas veces, y sabes que no hay vuelta atrás. Es lo que yo quiero hacer en la vida y es mi oportunidad. Sabes de sobra lo mucho que yo también os voy a echar de menos.
 - Si lo sé, hijo, lo sé. No me hagas mucho caso que no sé lo que me pasa, llevo todo el día tranquila asumiéndolo y llevándolo bien pero ahora te veo aquí ya con las maletas preparadas y se me viene el mundo encima- Marga se derrumbó cubriéndose la cara con las manos. Diego intentó volver a abrazarla pero ella se retiró despacio haciendo un gesto con la mano para indicar que la dejase un poco sola hasta que se le pasara.

Diego, despacio, salió de la cocina y escuchó ruido de disparos y naves espaciales en la sala de estar que había a la derecha, así que se dirigió hacia allí y vio a su hermano Javier totalmente metido en el videojuego. Hacía sonidos con la boca imitando los disparos y se movía frenéticamente con el mando hacia un lado y al otro, esquivando los disparos de las naves enemigas pensando que le iban a alcanzar.

- ¡Enano!, deja eso un rato que se te va a fundir el cerebro- le dijo con una sonrisa divertida.
- ¡Eh! Un respeto, ¿a quién llama enano? Soy el capitán Gordon y estoy totalmente cualificado para dirigir este tipo de misiones; así que compórtese, soldado, si no quiere que le juzguen por desobediencia a un superior- a Javier le encantaba siempre ser el jefe cuando jugaba con su hermano, no soportaba que le dieran órdenes y menos que se burlaran de él por ser el pequeño.
- Vale, vale, disculpe comandante- alzó las dos manos en señal de paz.
- ¡Soy capitán, inútil! Cuando acabe la misión me ascenderán a comandante. Puede retirarse- dijo con tono despótico. Seguía metido en su papel. En realidad, estaba intentando evitar lo inevitable como cuando esquivaba los disparos del enemigo, pero esto era más real.
- Como quieras, enano, digo... mi capitán, no le molesto más- se dio la vuelta e hizo como que se iba hasta que oyó a su espalda una voz quebrada que casi más parecía un quejido.
- ¿De verdad te tienes que ir ya?- su carita asomaba a medias por encima del sillón y el silencio que se creó a continuación solo se vio interrumpido por una voz mecánica que anunciaba “GAME OVER” y una música estridente acompañando el mensaje “Reiniciar partida”. Nadie hizo caso al mensaje de la pantalla, solo importaba la mirada de dos hermanos que sabían de la separación que iban a vivir. El silencio se alargó aún un poco más hasta que Diego habló:
- Sí, enano, ha llegado el momento. Ahora tú debes tomar el mando de la nave, sé que estás totalmente preparado, te enseñé bien y tú has sido muy buen alumno. Confío plenamente en ti para que cuides de mamá y papá en mi ausencia.
- ¿En serio lo crees así?- Dijo con cara ilusionada.

- Por supuesto, y no permitas que nadie te haga creer lo contrario. Ya eres todo un hombrecito y sabrás perfectamente qué hacer en cualquier situación. Dejo el timón de la nave en buenas manos. Así que ya sabes lo que tienes que hacer, ¿no?
- ¡Claro que sí! Agarrar fuerte los mandos, mantener velocidad de crucero sin mirar atrás y estar pendiente de cualquier meteorito o cualquier otro obstáculo que pueda amenazar nuestra misión.
- Sabía que podía confiar en ti, la intuición no me ha fallado- Diego tuvo que parar porque se le hizo un nudo en la garganta al escuchar esas palabras en boca de su hermano y salió. Es lo mismo que decían cuando jugaban de pequeños.

Salió de la sala de estar y enfiló el pasillo central para entrar directamente en el salón donde se encontraba su padre tumbado en el sofá con *Balú* encima de su barriga viendo la televisión. Aunque aún había luz natural, el salón estaba casi en penumbra y podía vislumbrar la cara de su padre solo por las luces de colores que emitían la televisión. Procuró no hacer ruido al andar pues no sabía con certeza si su padre estaba dormido, hecho que solían confirmar los enormes ronquidos que se escuchaban a distancia, pero el volumen de la televisión era tan atronador que los podría haber ahogado perfectamente.

Se asomó por encima del sofá y, de inmediato, *Balú* levantó la cabeza, estiró las orejas y empezó a mover el rabo a tal velocidad que corría peligro de desprendimiento. Soltó un fuerte ladrido y saltó desde la barriga al suelo para ir al encuentro de Diego. En ese momento, Ramón se sobresaltó y se levantó de golpe como si le hubieran despertado de una pesadilla.

- ¡*Balú*, por Dios! ¡Qué susto me has dado! Casi me da un...- se detuvo cuando vio a su hijo de pie frente a él con el perro saltando e intentando chuparle la cara.- Hijo, disculpa, me he quedado totalmente dormido.
- Tranquilo papá, no sabía si dormías con este ruido, ¿no te quedas sordo?- hizo una mueca de dolor.
- Tienes razón, tengo tanto sueño que puede caer una bomba atómica y seguiría durmiendo plácidamente- se rió entre dientes para sí mismo y se puso en pie.

Si había algo que Diego admiraba de su padre era su enorme sentido del humor y su tranquilidad. Había sido siempre muy calmado y jamás se le había ocurrido pegar a sus hijos; bastaba con levantar la voz y oscurecerla para que los niños no volvieran a rechistar en todo el día. Otra de las virtudes de su padre era su paciencia para lidiar con los problemas de dentro y fuera del hogar. Diego no recordaba haber visto discutir realmente en serio a sus padres, al menos delante de él, aunque sí alguna pequeña riña o palabras de enfado, pero por lo demás procuraron ser muy discretos. Su madre, en cambio, era más nerviosa y perdía más rápidamente la paciencia cuando la enfadaban hasta que pegaba un grito que atravesaba los tímpanos incluso del perro, que salía corriendo despavorido cuando se anunciaba tormenta familiar.

- Bueno hijo, ¿no olvidas nada? ¿Has repasado bien todo? Que luego cuesta mucho enviar lo que se te olvide hasta allí- dijo Ramón de forma pausada. En realidad, no sabía muy bien qué decir, no se le daban bien las despedidas.
- Sí papá, creo que lo he repasado como cien veces- dijo riéndose mientras *Balú* no paraba de ladrar.- ¿Qué te pasa a ti, trasto? Yo también te voy a echar de menos- le dijo al perro mientras lo acariciaba en la cabeza para que se calmara. Ya tenía muchos años y Diego recordó varios momentos importantes como cuando se comió la lana con la que su madre tejía y se le hizo un nudo en la garganta, casi no podía respirar. O cuando Javier se lo

llevó al campo para montar en bici y se cayó dándose un golpe. *Balú* no dejó de ladrar a los que estaban cerca para avisarles de que algo pasaba. Siempre fue un magnífico perro. Diego se agachó mientras el perro le miraba con su ojo de cada color jadeando por el esfuerzo y le dio un abrazo. Se levantó de nuevo y se encontró con un gesto triste de su padre:

- ¿Ya has hablado con tu madre?- preguntó preocupado.
- Sí, más o menos, no dejaba de llorar, pero estará bien.
- Lo sé, hay que darle un tiempo para que lo asuma y lo comprenda. Es la mujer más fuerte que he conocido en mi vida y además me ha regalado a ti y a tu hermano. Pero hay ciertas cosas que no resultan tan fáciles de aceptar y esta es una de ellas, si no la que más le costará- el tono de su padre se había vuelto muy serio y bajó la cabeza.
- ¿Y tú? ¿Estarás bien? Nunca dices nada, pero lo llevas por dentro- su padre levantó la cabeza y esbozó una tierna sonrisa.
- Sabiendo que vas a estar bien, yo estaré más que bien, estoy muy orgulloso del paso que vas a dar, pase lo que pase. Claro que no acepto la idea de perderte, pero ¿sirve de algo? Tienes que seguir tu camino, hijo, y a nosotros nos vas a tener siempre y sabes dónde encontrarnos cuando quieras visitarnos- cuando terminó trajo a su hijo hacia sí y le dio un enorme abrazo hasta que Diego comenzó a llorar y contestó:
- Yo también estoy muy orgulloso de vosotros, papá. Todo lo que habéis trabajado por nosotros, no te imaginas cuánto amor me llevo.

En ese instante, Marga salió al salón con Javier de la mano y se emocionó tanto al ver a los dos abrazándose que se unió al llanto. Entonces, padre e hijo se separaron y se unieron a la mujer para consolarla. Ramón, que siempre bromeaba cuando ella se ponía tierna, la intentó animar.

- Marga, déjalo ya, que le vamos a dar más motivos para irse. Ya sabes lo que pienso: no se creó al caballo para estar en un establo ni al pájaro en una jaula. Ni mucho menos los hijos los tenemos para quedarse en el hogar familiar, tienen que correr y volar libres.
- Tienes razón, Ramón, pero no lo puedo evitar. Ya se me pasa, dejadme tranquila que tampoco estoy tan mal- cogió la cara de su hijo entre sus manos y le dio un beso en la frente. En ese instante, Diego intentó memorizar cada rasgo y cada arruga que perfilaban el rostro de su madre.- Lo que cuesta sacar a un hijo adelante y lo fácil que resulta perderlo, pero sé que es buena señal. Te deseo muchísima suerte y no olvides que te vamos a apoyar en todo lo que hagamos. Es lo que hacemos los padres, ¿no? Apoyar y cuidar de nuestros hijos en la distancia- se lo quedó mirando fijamente con un misterioso fulgor en sus ojos.
- Claro que sí, mamá. No sé cómo agradecer todo lo que me habéis dado y enseñado, no lo voy a olvidar.- En ese momento, Diego miró por la ventana y vio que el coche que estaba esperando ya había llegado. Cuando se dio la vuelta para hablar ya llevaba su padre las maletas y se las entregó en señal de comprensión.- Gracias...Bueno, ha llegado el momento, así que vamos a hacerlo sencillo. Cuidaos muchísimo, por favor.

Su familia respetó su decisión y no montaron ningún número dramático más. Le abrazaron todos a la vez, su madre le besó la mejilla, su padre le dio una palmada en la espalda y el perro le lamió la mano. Javier se aferró a su cintura hasta que su padre le apartó suavemente. Diego se dirigió hasta la puerta y asió el pomo con cierto nerviosismo, se tomó un tiempo para tranquilizarse hasta que lo giró y abrió. El atardecer le daba la bienvenida a su nuevo destino, de modo que cerró la puerta muy despacio y con mucho esfuerzo como si fuera de hierro, dio un

paso adelante y entornó un poco los ojos cuando el sol lo deslumbró. Se quedó quieto, como paralizado, en la entrada hasta que tomó una determinación y dio otro paso, después otro y así hasta que bajó los peldaños del porche y accedió a la acera. Del coche salieron dos mujeres, una joven con una larga melena morena que le miraba con ternura y otra más mayor con varias canas que ya asomaban en su cabeza que le dio la mano y enarcó una ceja con simpatía al mismo tiempo que con delicadeza y tiento le preguntó:

- ¿Qué tal ha ido? ¿Estaban todos?

Diego guardó silencio unos segundos y volvió la vista atrás hacia una de las ventanas. Allí vio un cartel y detrás estaba su familia observándole; el perro, que estaba en brazos de su padre, no dejaba de ladrar. Se dirigió a la mujer más mayor y le respondió:

- Sí, incluido el perro.- En ese instante el ladrido de *Balú* se dejó de oír.

Diego miró otra vez hacia la misma ventana, donde ya no había nadie, y lo único que pudo ver fue el enorme cartel blanco que, con grandes letras negras, rezaba: SE VENDE. Debajo, en letras un poco más pequeñas, venía el nombre de una inmobiliaria y un número de teléfono. La joven, Inés, se acercó a su novio y le dio un corto y tierno beso en los labios. No dijo nada, solo se limitó a mirarle y a intentar interpretar en sus ojos lo que había sucedido dentro de la casa; le pareció encontrar serenidad. Isabel, la psicóloga de Diego, interrumpió de la forma menos incómoda posible, el privado momento de la pareja.

- ¿Estás listo para emprender el nuevo camino?
- Sí, queda mucho por hacer pero el paso más importante está dado o, al menos, eso creo. Después de sobrevivir al accidente, me sentí desgraciado por quedarme solo pero ahora sé que la vida me da una segunda oportunidad para ser más fuerte y reemprender el camino. Gracias a ti he sacado fuerzas para despedirme de ellos y cerrar un capítulo que quedaba pendiente.- Se abrazó a la mujer ante la emocionada mirada de Inés y se despidieron.
- Os deseo toda la suerte del mundo a los dos. Y a ti, Inés, te pido que cuides de él como hasta ahora. Eres su gran pilar para apoyarse.
- Así lo haré, gracias por todo, Isabel.- Se dieron dos besos y la mujer se fue en su coche.

La joven pareja paró un taxi y metieron las maletas de ambos en el maletero. Se montaron y le pidieron al taxista que les llevara al aeropuerto. Cuando miró a su novia, Diego esbozó una tímida sonrisa que ocultaba aún un sentimiento de tristeza pero que iría desapareciendo con el tiempo. El coche desapareció calle abajo y abandonó el barrio ya casi a oscuras para siempre.

FIN